

este nuevo centro arqueológico no hemos logrado encontrar ninguna tumba, salvo los vestigios de cimientos de piedra en la forma ya indicada. Se han practicado algunos cateos y sólo se hallaron capas de arena suelta. Acaso partes de este estrato cultural se hallen escondidas en lugares más profundos o en los riscos y faldas de los cerros que día a día se van cubriendo de arena. Ojalá nuevos descubrimientos esclarezcan cuanto concierne al estadio cupisnique, y se logre así obtener la luz necesaria sobre la formación y surgimiento de la grandiosa cultura Mochica, a cuyo estudio se contrae la presente obra.

ORIGEN DE LAS CULTURAS COSTEÑAS

Una vez descritos los yacimientos arqueológicos de Queneto y Cupisnique, cuyo descubrimiento –en parte– ilumina la nebulosa del origen de las culturas costeñas del norte del Perú, queremos aclarar y ampliar nuestros pensamientos y percepciones acerca de las mismas y la línea o líneas de evolución que han seguido.

Se ha mantenido hasta hoy la creencia de que existió la “Civilización Chavín”, cuyo asiento principal se halló cerca del actual pueblo de Chavín de Huántar, emplazado a “40 kilómetros al e. de Recuay y a 28 kilómetros al s. e. de Huari, en el ángulo formado por la confluencia del Mariash, vertiente oriental de la Cordillera, con el Puckcha, que baja del lado Sur” (Tello).

Se estima que esta cultura tuvo decisiva influencia en las costeñas. Pero al respecto, cabe sentar algunas observaciones, cuya dilucidación ajustada al rigor de los hechos servirá más tarde de base de un templo. Si Chavín fue foco de una civilización tan poderosa y avanzada como la que se quiere hacer aparecer, es lógico pensar que el asiento de ésta no pudo ser nunca una pequeña edificación y que su órbita de influencia debía alcanzar dilatados territorios.

Para probar la existencia de esta civilización se ha querido reunir una serie de documentos que demuestren su existencia, y se han presentado al mundo de los investigadores de la arqueología americana, como exponentes del arte y la cerámica chavín, las vasijas que corresponden a Cupisnique y todas aquellas que contienen dibujos grabados o de carácter religioso similares a los del mencionado templo.

Si bien el Dr. Augusto Soriano Infante, estudioso del departamento de Ancash, ha sido el primero en recoger

en los lugares cercanos al templo de Chavín fragmentos de cerámica similar a la de Cupisnique, no podemos tomarlos como pruebas documentales a favor de la existencia del arte cerámico chavín. Tales documentos corresponden a otro aspecto de nuestro estudio y nunca a la probación de la ilusoria Cultura Trasandina Chavín. Cerámica de este tipo no se encuentra ni en el Callejón de Huaylas ni en las ruinas cercanas a este pueblo. No existe ninguna relación entre el arte cerámico característico del departamento de Ancash y el de los vasos encontrados en estas ruinas. El mismo Dr. Soriano Infante ha hallado en este lugar una cantidad de fragmentos de cerámica mochica y una valva de *Spondylus pictorum*.

Es necesario comentar una observación importantísima hecha por el mismo Dr. Soriano Infante, que pone incluso más en duda la teoría expuesta de que el templo de Chavín sea la sede de una civilización de origen serrano. Según Soriano, no se encuentran en estas ruinas ceramios que puedan clasificarse dentro de los períodos primitivo y evolutivo; en los estratos más profundos están los fragmentos de la cerámica más perfecta. De allí que estemos convencidos de que las construcciones chavines fueron levantadas por un pueblo extraño que se encontraba en un manifiesto estado de adelanto.

¿Cómo explicar la presencia de estos vasos de culturas costeñas en un centro andino? La respuesta es fácil. Siendo este templo la meca de los pueblos que profesaban el culto felínico, es lógico que estas gentes llevaran a su santuario máximo ofrendas de carácter religioso adornadas con motivos adecuados, que podían muy bien ser vasos litúrgicos o de carácter utilitario para el uso de los sacerdotes.

Dedicado el templo de Chavín a un culto supremo, vivió en él y en sus alrededores toda una colectividad de servidores del culto, quienes utilizaron vasos ceremoniales y de uso personal que contenían las manifestaciones artísticas de la maravillosa piedra tallada del templo de Chavín. Estos vasos, inspirados en la elevada concepción del culto que llegó a los Andes después de alcanzar una refinación singular, son de formas que no hallamos en Cupisnique. Son distintos, sin las trazas de grabaciones, relieves y estrías, aunque esto no significa que no se encuentren vasos de asa como los de Cupisnique.

Los fragmentos que nos mostró el Dr. Soriano

Infante en Huaraz y que estudiamos detenidamente así nos lo han revelado. Además, habiéndose encontrado cerámica mochica en el templo de Chavín, los vasos de formas características de Cupisnique que se encuentren en Chavín tienen que considerarse de carácter netamente migratorio.

Por otra parte, los monumentos de Chavín no acusan semejanza ni con los de Tiahuanaco ni con los de Aija o Huari, ni ofrecen parecido con los numerosos yacimientos y restos pétreos que acusan la presencia de las diversas culturas andinas que se escalonaron a lo largo del Perú. Por tanto, debemos, pues, dejar establecido que Chavín constituye un lunar en toda la región andina del Perú y que en ella no hay un solo resto arqueológico que en la técnica de su construcción y en sus decoraciones ofrezca parentesco con aquel núcleo de edificaciones. Sólo en la costa encontramos ruinas de adobe con relieves de barro idénticos a los que existen en los frisos del templo de Chavín. Se nos presenta, pues, un problema a dilucidar.

Aceptadas las observaciones anteriores, surge de inmediato la interrogación: ¿Son los restos de Nepeña anteriores o posteriores a los de Chavín? Y luego: ¿Fue Nepeña construida por chavines o, viceversa, fue el templo de Chavín erigido por arquitectos y alarifes nepeñanos? Es lógico encontrar mayor certeza en lo segundo, ya que las ruinas de Queneto, los restos encontrados en los basurales de Ancón, nos dicen a las claras que las culturas de la costa peruana son milenarias.

Las construcciones de Nepeña comprenden todo un valle. No se trata de un solo pueblo, sino que nos encontramos en presencia de muchos pueblos que abarcan una comarca íntegra con un centro civilizado como eje, que se presenta con una técnica especial de construcción y un arte propio. Cabe ahora hacerse otra pregunta: ¿Puede nacer, prosperar y llegar a su auge una civilización en un pequeño núcleo humano? Y luego: ¿Se habría generado la llamada cultura Chavín en un templo y edificaciones adyacentes? ¿O la misma fue producto de cientos de años de esfuerzo de una raza inteligente y bien alimentada que habitaba el rico valle de Nepeña? Si Chavín alcanzó tan alto desarrollo artístico y espiritual en general, ¿cómo es que no abarcó mayor extensión? ¿Por qué no edificó pueblos en las comarcas inmediatas con las características de su centro urbano matriz? ¿O es que la raza que creó esta cultura

se mantuvo estacionaria? Hecho que la biología desmiente a cada rato.

Siendo el templo de Chavín el exponente máximo de la civilización cuya existencia ponemos en duda y en el que Seeler encontró un huaco mochica, entonces: ¿Cuál fue el centro de esa cultura? Si nos apartamos de las ideas existentes sobre ese tema, de todas las teorías sentadas al respecto –las mismas que no están respaldadas por hechos comprobados–, llegaremos a una conclusión terminante: Chavín no es sino un santuario como exponente de la profunda fe de un pueblo, para el que se eligió ese adecuado paraje y se hizo uso de materiales capaces de resistir la acción del tiempo y de los hombres, para dar asidero y forma a ese anhelo de perennidad que vibra en lo profundo de todo sentimiento religioso.

En el caso del santuario de Chavín, ¿qué material más adecuado que la resistente, compacta y dura roca andina para edificarlo? Ahora, emerge una nueva interrogación: ¿Quiénes construyeron el santuario de Chavín? Ha debido de ser un pueblo numeroso, activo y de un alto nivel de cultura que no ha podido ser otro que el nepeñano, favorecido por una agricultura próspera y abundantes medios de vida. Respecto de las técnicas de la construcción y del relieve, es lógico suponer que ellas nacieron y se perfeccionaron en la costa, utilizando en un comienzo un material fácilmente plasmado, como era la arcilla, para más tarde aplicar las experiencias adquiridas en dicha labor en el granito andino, aprovechando a la vez los conocimientos sobre el labrado en roca que tenía el hombre serrano.

En Nepeña se ven fases de evolución no solamente en el arte y en el material de construcción, sino en las creencias religiosas. En cambio, en Chavín encontramos exponentes de un arte perfectamente desarrollado que ha alcanzado el máximo de sus posibilidades. Si comparamos la técnica escultórica del templo de Chavín con la de Nepeña, llegamos a esta conclusión: que los relieves pertenecen al período de Cerro Blanco, la técnica del relieve cintado. De allí que creamos que el templo de Chavín no fue construido en los primeros períodos a los cuales corresponden el templo de Punkuri, sino en la época en que Nepeña alcanzó su más grande desarrollo. Esto es concluyente. El centro del arte clasificado hasta hoy como Chavín es Nepeña, y el templo de Chavín, la obra mayor de esta cultura.



Fig. No. 16.- Vaso de cerámica, con magníficos alto relieves; exponente máximo de la cultura Cupisnique.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-058)



Fig. No. 17.- Vaso que representa una yuca (*Manihot aipi*) idealizada, con dibujos grabados del dios felino. Cultura Cupisnique.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-025)

Si contemplamos con la serenidad necesaria el panorama cultural de la costa en toda su amplitud, nos ha de sorprender el hecho de encontrar, a lo largo de la misma, pueblos de personalidad definida, dueños de un arte y de un conjunto de manifestaciones sociales propias. En el norte se encuentra el Alto Cupisnique, que nos ha legado una cerámica de aspecto pétreo y otra bicromada, ambas de asa de estribo, y cuyo temperamento se inclina hacia el arte escultórico. En la cerámica cupisnique descubrimos las bases de la iniciación del arte mochica, como más adelante veremos en todos sus pormenores. Este pueblo se desborda en natural acción expansiva hacia el valle de Chicama, para edificar a base de mayores tierras de cultivo que cubrieran con sus frutos las necesidades nutricias de la cultura más avanzada de la costa peruana, que fue sin duda la Mochica.

Los últimos descubrimientos hechos por el Dr. Tello en el valle de Nepeña comprueban la existencia de otra civilización local, que se presenta con características propias, con predominancia –en cuanto concierne a su arte– del relieve, la plástica y el colorido vivaz muy rico.

Si analizamos el aporte de la cultura de Nepeña, recibiremos la impresión de que las adquisiciones culturales de Cupisnique, en el norte, y de Paracas, en el sur, se hubieran fusionado para darle auge. En su arte se comprueba la fuerza expresiva plástica de Cupisnique y el intenso y variado colorido de Paracas, como si se hubiera querido tomar los elementos de varias culturas para crear otra nueva, al calor de una fe robusta y de un sentimiento religioso de gran fuerza. En Nepeña triunfó el arte religioso, hecho que no es dable comprobar en Paracas ni en Cupisnique. Es el culto a la divinidad felina el que da origen a todas las manifestaciones artísticas de ese pueblo, cuyo arte se singulariza por el uso del grabado y del relieve pintado policromo.

En el sur, como se ha puesto de manifiesto en párrafos anteriores, se presenta en forma definida la cultura Paracas, en cuyo arte se observa una fortísima inclinación al colorido policromado. Son estas tres culturas: Cupisnique, Nepeña y Paracas, las que sirven de base a las culturas más avanzadas de la costa del Perú.

Cupisnique es la fuente que alimenta a la cultura Mochica, así como Paracas da nacimiento a la nasquense.

Pero, ahondando en el conocimiento de los nexos que unen a Cupisnique y Paracas con Nepeña, nos

encontramos con que ambos pueblos reciben la influencia religiosa del culto al felino (Figs. Nos. 16 y 17). Este culto se ejercía en Nepeña en el período que consideramos líneas adelante como de evolución de esta cultura. De allí que encontremos los vasos votivos de Cupisnique (Fig. No. 18) con grabados similares a los del templo de Punkuri y representaciones de felinos semejantes a la famosa divinidad hallada en el mismo recinto (Figs. Nos. 19, 20 y 21). En este período, el felino es adorado en su forma de animal, es un verdadero tótem. Después, en los primeros períodos mochicas, el animal divinizado se yergue sobre sus patas posteriores para caminar como el hombre (período de transición entre las culturas Cupisnique y Mochica). En los tramos avanzados del desenvolvimiento mochica, como veremos oportunamente, el felino se antropomorfiza y en lugar de patas provistas de garras se le representa con brazos y piernas humanas, a la par que su cuerpo adquiere también las formas del “homo sapiens”, y queda como rezago de su animalidad solamente la cabeza del felino, símbolo religioso que en esta etapa significa para los pueblos costeros la síntesis de las fuerzas de la naturaleza.

Debemos agregar que en nuestro deseo de esclarecer los vínculos que unen a Nepeña y Cupisnique, haciendo un estudio del desarrollo del adobe –material de construcción del que nos ocupamos en el capítulo dedicado a la arquitectura mochica–, hemos llegado a la conclusión de que los primeros adobes utilizados por los primitivos pobladores de la costa han sido cónicos. El templo de Punkuri ha sido construido con estos adobes. En el valle de Chicama hemos encontrado solamente una huaca, la de Pucuche, con este mismo tipo de adobe, aunque no tan grande como los hallados en el templo de Punkuri. Al romper uno de ellos, el arqueólogo Dr. Bennett, del Museo de Historia Natural de Nueva York, encontró dentro del mismo un fragmento de cerámica cupisnique. Este hallazgo nos hace suponer que los cupisniquenses emplearon también los adobes cónicos en sus primeras construcciones, cuando en su camino de expansión ocuparon el valle de Chicama. Es de anotar que la huaca de Pucuche se encuentra muy cerca del valle de Cupisnique. Después, el adobe rectangular se superpone al cónico, hecho que comprobamos tanto en la huaca de Pucuche, como en el templo de Punkuri.

Insistimos, pues, en manifestar que la cerámica de



Fig. No. 18.- Cántara cupisnique con dibujos grabados. Su pulimento es notable.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (005-004-002)

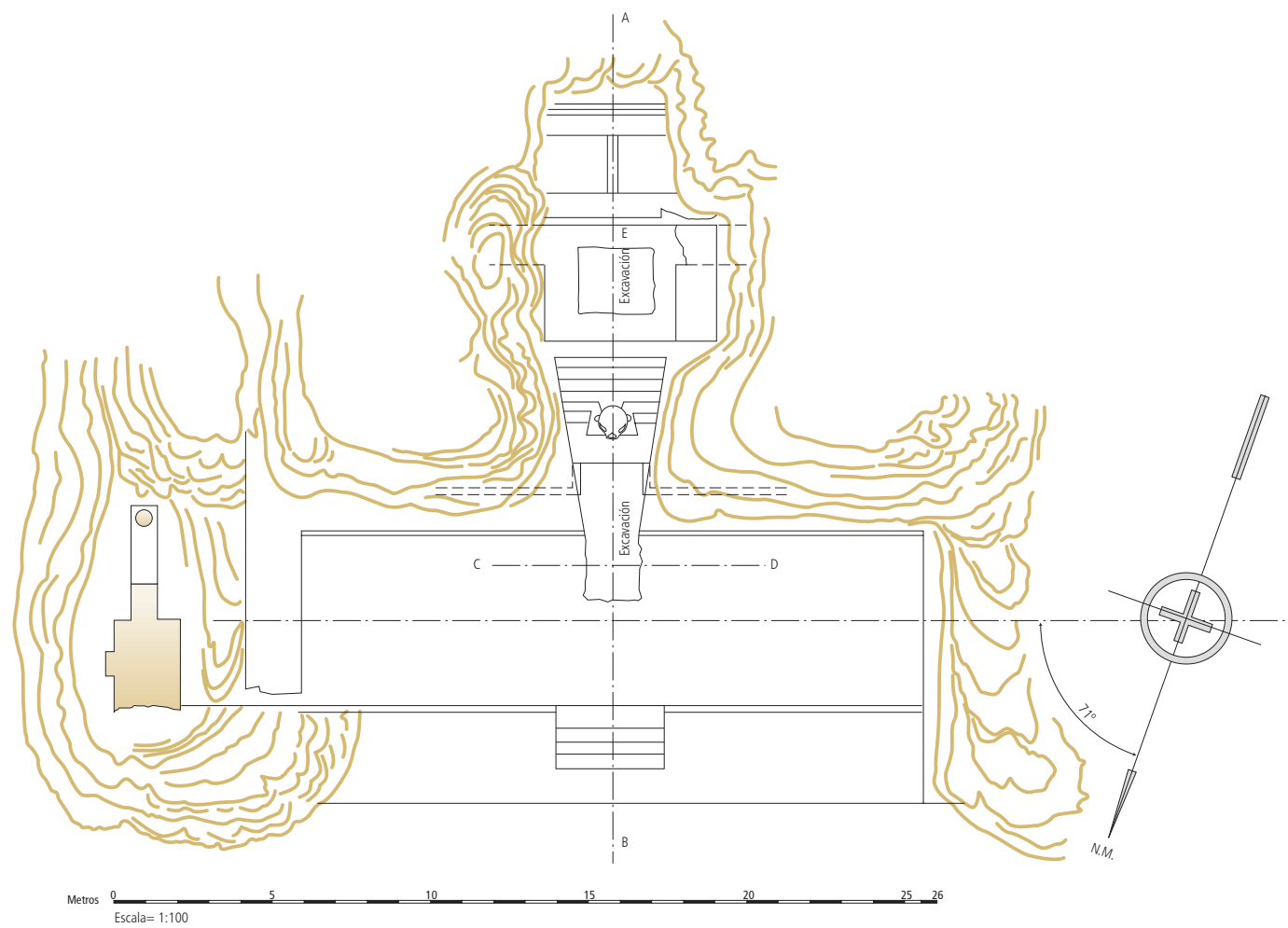


Fig. No. 19.- Templo de Punkuri, ubicado en el valle de Nepeña. Plano de las ruinas descombradas. 24 de setiembre de 1933.

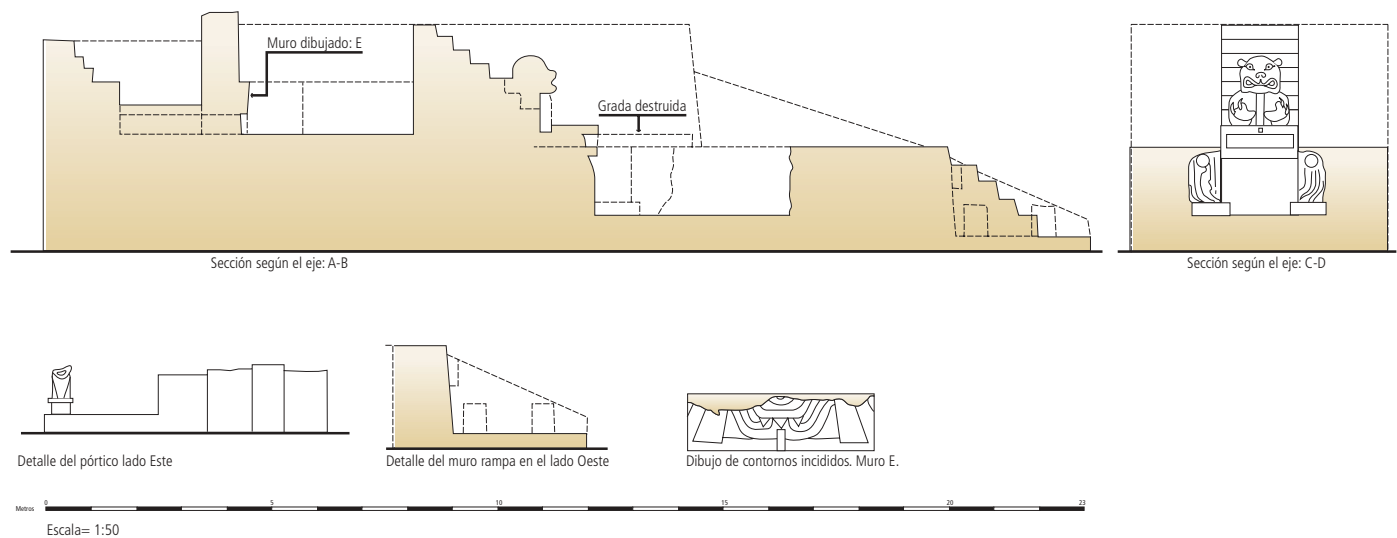


Fig. No. 20.- Templo de Punkuri. Corte vertical.



Fig. No. 21.- Los muros mochicas encontrados en la superficie del templo de Punkuri.



Fig. No. 22.- El felino de Punkuri.

Cupisnique ofrece las primeras influencias religiosas de Nepeña, y su arte decorativo muestra la misma técnica del grabado que utilizaron los nepeñanos en sus templos más antiguos.

Ya dijimos anteriormente que el felino que se adoraba en el templo de Punkuri no es el felino estilizado o antropomorfizado, sino el felino en sí, todo animalidad, tal como ocurre en el período Cupisnique (Figs. Nos. 22, 23 y 24).

La influencia nepeñana todavía perdura en los últimos períodos mochicas, pero con una particularidad: los dibujos ya no son grabados, sino que las representaciones del felino se nos ofrecen en forma de relieve pintado, modalidad escultórica que hallamos también en las construcciones del Cerro Blanco de Nepeña, que pertenecen al período de Nepeña Auge, y cuyas paredes están edificadas con adobes rectangulares que corresponden también a los primeros períodos mochicas.

Se me podría interrogar: ¿Por qué esta influencia religiosa nepeñana no se encuentra en los pueblos de los valles que se alinean entre Nepeña y Cupisnique? Pero esta pregunta es fácil de responder. Al inicio de la formación de estos pueblos nos encontramos con que los brotes culturales de la costa peruana aparecen aislados unos de otros por grandes lagunas. No existían pueblos de cultura sólida capaces de asimilar tales manifestaciones, que si bien eran de un agregado social en plena evolución, reflejaban un ostensible adelanto material y espiritual.

Concretándonos a Nepeña, estudiados los vínculos que la unen a Cupisnique, llama la atención lo que aparece en su desarrollo: un proceso de perfeccionamiento que se trunca y acaba por desaparecer. Al respecto, cabe acotar que llegamos a Nepeña cuando el Dr. Tello realizaba excavaciones, y pudimos comprobar que sobre los templos de esa ciudad los mochicas habían edificado tumbas que pertenecían al último período de esa cultura. Lo que prueba que Nepeña decae y desaparece antes de los últimos períodos mochicas. ¿Cuándo se opera este fenómeno y por qué causa? No lo sabemos.

Nepeña, ya lo llevamos probado, ha sido coetánea de Cupisnique y alcanzó, seguramente, su mayor desarrollo en los primeros períodos mochicas. Después, este pueblo se quebranta y se extingue, tal vez por haber sufrido los horrores de una conquista y por haberse visto obligado a enterrar deliberadamente sus templos y demás monumentos, para procurar conservarlos íntegros y sin desperfectos. La práctica de cubrir los edificios bajo gruesas capas de tierra y de arena, que solamente se comprueba en Nepeña, es indicio seguro de una invasión que hizo necesario salvar en esa forma los lugares sagrados y todas sus construcciones. Ese recurso de preservación fue utilizado posteriormente, en parte, por los incas, ante la presencia de los españoles en el Perú. ¿Quiénes fueron los invasores de Nepeña? Nos inclinamos a creer que se trata de los mochicas.